

---

Lorella Castorena Davis\*

---

---

*ESPACIO Y VIDA COTIDIANA*

---

Imaginémonos un viaje sin retorno. Tomar un no camino a un no lugar. Llegar a un no país y no ver ciudades. Andar sin ruta ni dirección establecidas. Vagar simplemente. Ignorar el entorno, fincarse en ningún lado. No poseer paisaje, lugar o habitación alguna.

Tarea difícil para el hombre que necesita siempre de un punto fijo en el espacio.

Tomemos un día que comienza con levantarnos temprano, bañarnos, desayunar y emprender el viaje hacia la oficina, la fábrica, la escuela o la tienda, volver a casa y comer algo cocinado por una mujer —la madre o la esposa— y de nuevo volver a iniciar el viaje de ida al sitio que nos permite mantener la vida. Regresar otra vez a la casa, cenar, dormir. . . . Terminamos el día con la sensación de que hemos tenido uno como cualquier otro. Que los días se suceden uno a uno, sin variar, que estamos estacionados en eso que llaman vida, en lo que nos es cotidiano.

Imaginemos ahora que este día, que nuestra vida, pudiera ser de otra manera.

En el estricto sentido de lo biológico es posible, nada parece impedirlo. Podríamos haber nacido en otro sitio, tener otro nombre, costumbres distintas y vivir con otras personas.

Podríamos trabajar, consumir, amar, divertirnos, frustrarnos, hacer amigos, crecer y envejecer de otra manera. Todos nacemos, crecemos,

\* Profesora adscrita al Centro de Estudios Latinoamericanos de la FCPyS, UNAM.

nos reproducimos y morimos. En tanto desarrollar aquellas actividades que aseguran no sólo la reproducción individual, sino social, todo hombre y toda sociedad tienen una vida cotidiana y un espacio característico en el que ésta se desenvuelve.

Esto nos sugiere una pregunta: ¿qué ganamos si crecemos, maduramos y morimos, si nos fue bien o mal, si somos o no felices, si alguna vez en lo más profundo de nuestros sueños nos hemos sentido diferentes?

Había dejado de correr. Ahora andaba despacio y, al final de la calle, vio el edificio del colegio. Sin darse cuenta había tomado su camino habitual. La calle le pareció vacía, aunque había personas aquí y allá. Pero a quien llega tarde al colegio, el mundo que lo rodea le parece siempre muerto. De todas formas le daba miedo el colegio, escenario de sus fracasos diarios (. . .) El colegio le había parecido siempre como una pena de prisión larguísima, que duraría hasta que creciera y que él tenía que cumplir con muda resignación. Pero cuando iba ahora por sus pasillos llenos de ecos, que olían a cera de pisos y a abrigo mojado, cuando el siniestro silencio de la casa le taponó de pronto los oídos como un trozo de algodón y cuando, finalmente, estuvo delante de la puerta de su clase, pintada del mismo color espinaca seca que las paredes, comprendió que tampoco allí se le había perdido nada. Tenía que irse. Y lo mejor era hacerlo ya ¿Pero a dónde?

Michael Ende. *La historia interminable*.

Los hombres somos en el espacio; nuestra existencia y lo que encerramos en ella se desenvuelve en el espacio. El espacio, dice Heidegger, es parte constitutiva del mundo y elemento estructural de nuestro ser en el mundo.<sup>1</sup>

En la cotidianidad, la percepción del espacio será siempre inexacta en el sentido matemático del término: la medida de los caminos que recorramos para acercarnos a lo lejano cambiará cada día; el tiempo que tardaremos para llegar a algún lado será siempre relativo e interpretado en cada caso sin un sentido de extensión cuantitativa. Nueve pisos que subir se convierten en unos instantes de elevador con la mirada fija en el indicador. ¡Qué poco nos sorprende aquello que tenemos a la mano! ¡Ninguna sorpresa nos depara lo que diariamente utilizamos para movernos por el mundo!

Todo sujeto requiere de un mínimo de conocimientos que le permi-

<sup>1</sup> Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*. México, F.C.E., 1983, p. 116.

tan moverse en el ambiente que le rodea. Agnes Heller llama a esto “mínimo saber cotidiano”. La adquisición de este saber nunca está basada en la experiencia personal, sino que es aprendida. Cotidianamente ciertas nociones empleadas por la ciencia, van guiando nuestro saber práctico. Generalmente estas nociones forman parte de nuestra cultura. Recibimos la información y la integramos a la estructura de nuestra vida cotidiana siempre de manera aislada.

¿Cómo interiorizar este saber, recibido de las generaciones precedentes, cómo superarlo y adquirir uno nuevo? Es necesario para cambiar la vida. Agnes Heller dice que esto es posible, y que para ello necesitamos aprender a percibir, sentir, pensar, y diferenciar cuándo en nuestros actos cotidianos estamos pensando o sintiendo. El espacio dejaría de ser una mera representación para transformarse en un modo de vivirlo, convirtiéndose “. . . en una experiencia interior que oriente la vida cotidiana”.<sup>2</sup>

La naturaleza hace del hombre un ser capaz de percibir todo lo que está dentro de sus capacidades sensoriales. Pero, cuando el proceso de autoconservación pasa de ser una mera necesidad biológica para convertirse en una necesidad social, lo que hay que percibir y cómo hacerlo, cambia. A partir de entonces, la percepción se ordena y se forma a partir del ser social funcionando como guía en la transmisión del saber preformado.

Percibir humanamente significa, entonces, haber aprendido a nombrar el objeto percibido y reconocer sus funciones. La forma y el contenido de nuestra percepción se han modificado históricamente, de la misma manera que sucede en la vida de cada hombre. En la infancia, nuestra percepción de las cosas se reduce a aquello que nos es inmediatamente relevante o a lo que nos es conocido, y, cuando alcanzamos la edad adulta, a elementos más complejos como el trabajo, el lugar que ocupamos en la división social del trabajo, el estrato social al que pertenecemos, la necesidad, el interés, etcétera.

La percepción del espacio es un proceso complejo en el que intervienen nuestras motivaciones personales (subjetivas), el cúmulo de experiencias anteriores y ciertos esquemas operativos (experiencias objetivas) culturalmente. Según los estudios realizados por Jean Piaget, los hombres no nacemos con una percepción determinada del espacio, sino que ésta se forma a través de una construcción gradual que se inicia con el desarrollo mental. Así, la noción de mundo estructurado contiene una serie de elementos espaciales que hemos ido desarrollando gradualmen-

<sup>2</sup> Agnes Heller, *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, ediciones Península, 1977, p. 382.

te acerca del ambiente que nos rodea. Para Heidegger, es a través de la espacialidad que establecemos una relación ontológica con el mundo.

La imagen que recibimos del ambiente es la de un sistema estable, poco variable, compuesto de elementos estructurales universales, sociales, culturales y subjetivos que nos integra a una totalidad social y cultural determinada.

Nuestra percepción del mundo no es, entonces, la de un mundo común a todos: percibimos mundos diferentes según la situación o situaciones en las que estemos participando, actuando o viviendo. El contacto cotidiano con los objetos que nos rodean no es siempre directo; no los percibimos como hechos sólidos e inmediatos sino que nos relacionamos con ellos mediante estereotipos de significación. En realidad, sabemos (saber cotidiano) muchas más cosas de las que efectivamente hemos experimentado, y nuestra experiencia es siempre, de un modo u otro, indirecta y guiada. A pesar de que nuestra naturaleza hace de nosotros seres capaces de percibir todo lo que nos rodea, cotidianamente sólo percibimos aquello que el saber cotidiano define como perceptible.

Tal es el caso, por ejemplo, de la noción espacial de límite, que representa el problema del radio de acción en que nuestros actos se desarrollan. El espacio es extenso (. . . un ente extenso está encerrado por los límites extensos de algo extenso”, Heidegger); sin embargo, el hombre que vive su vida cotidiana, permanece siempre dentro de límites determinados y su saber cotidiano se produce también dentro de límites relativamente restringidos.

Los hombres modernos sabemos, gracias al alto grado de desarrollo de la ciencia, que el cosmos es infinito. Pero en la práctica cotidiana esta noción espacial carece de importancia, ya que, a pesar de los viajes al espacio exterior, la tierra continúa siendo el espacio máximo en el que realizamos nuestras acciones. De esto se deduce que nuestra percepción del espacio es eminentemente geocéntrica.

Las nociones espaciales arriba-abajo, parten de un sistema natural de referencias para la vida y el pensamiento cotidianos que se origina en la tierra: lo que está arriba es lo que se ve, lo claro, lo indudable. En tanto, lo que está abajo tendrá casi siempre una connotación subterránea desconocida, invisible.

La percepción cotidiana del espacio vital está siempre referida al centro, en tanto que éste representa lo conocido en contraposición a lo ignoto del mundo circundante. El centro es el sitio donde el hombre toma posición como ser pensante, es el sitio donde mora y vive en el espacio.

Los centros son sitios en que se llevan a cabo actividades particulares o sociales donde se viven los acontecimientos más significativos de nuestra existencia; al mismo tiempo, son el punto de partida desde el cual

salimos o nos orientamos para aprehender el entorno. El espacio sin lugares no existe. El concepto de lugar<sup>3</sup> contiene las nociones de cercano, lejano, centro y abierto-cerrado. Todo lugar tiene una dirección determinada (arriba-abajo; adelante-atrás; derecha-izquierda) que nos sirve como categoría de orientación que surge a partir del hombre mismo y carece de existencia objetiva en el espacio; tal es el caso de las direcciones derecha-izquierda. El pensamiento cotidiano se ha construido un sistema de referencias espaciales gracias a las cuales la vida cotidiana de cada hombre se desenvuelve y desplaza en el espacio controlando y aprehendiendo el entorno.

Tomar posesión de lo que nos rodea significa de alguna manera, apartarnos del lugar en que residimos y emprender un viaje por un camino, con una dirección y un propósito (meta) determinados.

Nos encontramos así con una cualidad básica de la existencia humana y uno de los grandes símbolos de la historia de la humanidad: el camino.

Un camino expresa continuidad, sucesión lineal, dirección hacia una meta. Tomar el camino, andar los caminos, hacerlo en el camino. . . Entre un lugar y otro hay un camino. La vida es un camino hacia la muerte. La infancia forma parte del camino a la madurez. Durante el recorrido ocurren acontecimientos varios. En el camino diario de mi casa al trabajo suceden cosas. Al tomar un camino no puedo olvidar la tensión que existe entre la meta a alcanzar y el punto de partida que he dejado atrás.

Cotidianamente nos aventuramos poco por los caminos. A la gente le gusta conocer los puntos de destino y de origen de su camino, saber de dónde viene y a dónde va, le gustan los caminos con identidades bien definidas. Andar por los caminos como un barco a la deriva, no es precisamente el ideal del hombre cotidiano.

Por tanto, el camino no es sólo un punto de enlace entre lugares, también tiene que ver directamente con nuestra existencia inmediata. Se puede partir, tomar camino, elegir una ruta, pero siempre se querrá saber que llegaremos a un lugar, que el viaje iniciado es de alguna manera el viaje de retorno al lugar de partida. Tomamos el camino, iniciamos el viaje y al mismo tiempo concebimos el retorno: los caminos del hombre llevan siempre al hogar.

En la más interminable de las dialécticas el ser amparado sensibiliza los límites de su albergue. Vive la casa en su realidad y en su virtualidad, con el pensamiento y los sueños. Los verdaderos bienes-tares tienen un pasado. Todo un pasado viene a vivir por el sueño,

<sup>3</sup> Christian Horberg-Schulz, *Existencia, espacio y arquitectura*. Barcelona, Ed. Blume, 1975.

en una nueva casa. La casa no se vive solamente al día, al hilo de la historia. Por los sueños las diversas moradas de nuestra vida se compenetran y guardan los tesoros de los días antiguos. Cuando vuelven en la nueva casa los recuerdos de las antiguas moradas vamos al país de la infancia inmóvil. Nos reconfortamos reviviendo sueños de protección. Los recuerdos del mundo exterior no tendrán nunca la misma tonalidad que los recuerdos de una casa. La casa alberga el sueño, la casa protege al soñador, la casa nos permite soñar en paz.

Gastón Bachelard, *La poética del espacio*.

Cuando hablamos de lugar no podemos dejar de hacer referencia al interior y al exterior. Estar dentro significa estar en algún lugar diferente del exterior.

El interior se caracteriza por ser cerrado, por tener una dirección que lo une con el exterior y por poseer una entrada. Todo interior debe tener aberturas hacia el exterior de tal manera que se establezca una conexión entre ambos mundos. La puerta, en tanto elemento simbólico, une o separa. La abertura simbolizada por la puerta es el elemento que vuelve a un lugar vivo en tanto que la vida es vida en la medida que se da una relación recíproca entre el hombre y su entorno. Una puerta puede estar siempre abierta o cerrada, lo que, psicológicamente hablando, representa una actitud frente al mundo.

Además de la abertura, hay dos nociones espaciales que tienen un fuerte significado para la existencia: la encrucijada y el puente. La encrucijada representa el problema de la elección. Un camino se bifurca, ¿qué dirección habrá de tomar? Elegir es un problema constante para el hombre. Cotidianamente nos enfrentamos a la elección; a veces la vida se bifurca y la cuestión es elegir, decidir, en términos del desarrollo de mi humanidad, conservar.

Otras veces establecemos puentes, unimos regiones, y direcciones. Para Heidegger un puente es aquel capaz de reunir los terrenos de los lados del río.

Era una habitación de seis esquinas parecida a una gran celdilla de abeja. En una pared si y otra no había puertas, y las tres paredes intermedias estaban cubiertas de extrañas pinturas. Eran paisajes quiméricos y criaturas que parecían medio plantas y medio animales. . . Es imposible describir todas las puertas y estancias que atravesó Bastián vagabundeando por el Templo de las Mil Puertas. . .

cada decisión que tomaba lo ponía ante una nueva decisión, la cual a su vez, lo arrastraba a otra nueva. . .

Michael Ende, *La historia interminable*.

Mundo, caminos, lugares, regiones, ¿qué gana el hombre al estructurar el espacio? Un terreno firme donde sentar el pie, un lugar en el cual no sentirse ni perdido ni desamparado. A través de la historia, el hombre ha tenido la necesidad de imaginar el mundo como un cosmos ordenado y lo ha estructurado en regiones bien definidas, en países concretos, continentes, bloques.

Podría pensarse que con el creciente desarrollo de los medios de comunicación el hombre está más capacitado para tener una visión cosmológica del mundo; sin embargo, esto no sucede así. Tal parece que el hombre se recluye cada vez más en los límites de su propia región, o casa, centro. El hombre moderno está sumergido (aún más que los no modernos) en la cotidianeidad de su vida, y reduce su conocimiento a lugares particulares, sin buscar las categorías generales que dan un sentido vasto a la existencia. El espacio existencial se ha reducido a lo cotidiano, a lo inmediatamente necesario, a lo inmediatamente accesible.

Y de pronto se le ocurrió el lugar adecuado, el único donde —por lo menos de momento— no lo buscarían y encontrarían. El desván era grande y oscuro. Olía a polvo y naftalina. No se oía ningún ruido, salvo el suave tamborileo de la lluvia sobre las planchas de cobre del gigantesco tejado.

Michael Ende, *La historia interminable*.

El hombre busca seguridad en el espacio, requiere de un lugar para asentarse; su vida cotidiana está plagada de significaciones espaciales, de necesidad de posesión no sólo de un lugar, sino del entorno en su totalidad. En su andar en torno —como dice Heidegger— somos en las inmediatas cercanías, cotidianamente buscamos lo que está a la mano, nuestra cotidianeidad es un constante movimiento de acercamiento hacia el útil. Así, lo que está más cerca no está porque la distancia para llegar a él sea la mínima, sino porque se encuentra en la inmediata posibilidad de alcanzarlo.

Acerquémonos un poco más a este espacio seguro.

El espacio, dice Bachelard, lo es todo; en él encontramos nuestras estancias, animamos la memoria, recreamos la duración. No es en el tiempo donde nos conocemos, sino en el espacio, que sirve para conservar

tiempo comprimido. Conocer nuestra intimidad es localizarla en los espacios, “. . . no sólo nuestros recuerdos sino también nuestros olvidos están alojados. La cuestión es saber cómo habitamos nuestro espacio, cómo enraizamos de día en día, en un rincón del mundo.”<sup>4</sup>

Encontrar un sitio firme y seguro, donde situar la vida parece ser condición necesaria para el hombre. El espacio y sus lugares forman parte indispensable de la existencia. Toda actividad, en tanto que implica movimiento y relación con lugares, contiene aspectos espaciales. Estar, significa estar ubicado en algún sitio de nuestro espacio existencial: estar fuera, dentro, en casa, en el camino, en alguna parte o en otra, perdidos, arriba o abajo, en lo estrecho o lo amplio, cerca o lejos. Como quiera que sea estamos y nuestra estancia siempre tiene una referencia espacial. El espacio donde la existencia se desenvuelve, simboliza el ser y el estar del hombre en el mundo.

Para comprender lo que el espacio existencial del hombre significa, se requiere superar el nivel de sus necesidades espaciales, para verlo más bien como el resultado de su interacción o influencia recíproca con el ambiente que lo rodea, que ha de ser comprendido y aceptado.

La noción de espacio, además de ser geocéntrica, es eminentemente antropocéntrica; en su centro está siempre un hombre. El hombre vive rodeado de situaciones que se amplían y se reducen, proporcionándole información diversificada, así como diferentes comportamientos humanos y tipos de personalidad.<sup>5</sup>

Históricamente el hombre se ha concebido a sí mismo como subjetivamente centrado en el espacio. El mundo personal de cada hombre tiene su centro. El hogar adquiere así un significado íntimo y concreto en contraposición a lo que sería el centro del mundo en tanto meta o ideal público. La idea de hogar como centro del mundo individual, nos remite a la infancia, en la que los primeros puntos de referencia están vinculados con el hogar y la casa. La casa, dice Bachelard, “es nuestro rincón del mundo, nuestro universo, un cosmos. (. . .) todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa.”<sup>6</sup>

El hogar es un punto fijo en el espacio, el lugar de lo conocido y lo habitual, el sitio de dónde se sale y al que siempre, de una manera u otra, se vuelve, donde de niños se aprende a comprender el mundo. El análisis

<sup>4</sup> Gastón Bachelard, *La poética del espacio*. México, F.C.E. Breviarios, No. 183, 1983, p. 34.

<sup>5</sup> En psicología se utiliza el término de personalidad situacional para definir las series que constituyen las zonas íntimas personales, sociales y públicas de la personalidad de los individuos. Al respecto ver T. Hall, *La dimensión oculta (fase abierta-fase cerrada)*, México, Siglo XXI, 1983.

<sup>6</sup> Gastón Bachelard, *op. cit.*, p. 36.

sis de la intimidad requiere examinar el marco en que se desarrollan las características fundamentales de la vida.

Todo individuo posee un espacio inmediato, un lugar propio, una territorialidad. Esta dimensión espacial la defiende aun contra los miembros de su grupo (familia, amigos, compañeros, etcétera); es el lugar en que se hacen las cosas, el espacio propio, ya sea para esconderse, jugar, aprender, amar o llorar. Al respecto, Bachelard dice “. . . todos los espacios de nuestras soledades pasadas (o presentes) donde hemos sufrido de la soledad o gozado de ella, donde la hemos deseado o la hemos comprometido, son en nosotros imborrables. (. . .) el ser sabe por instinto que esos espacios de su soledad son constitutivos. . .”<sup>7</sup>

La casa representa lo conocido, lo habitual; elementos que son fundamento para nuestras acciones y necesidades ineludibles. Un punto fijo del que se sale al cual se vuelve siempre: la casa que es algo más que una simple habitación. El significado de la casa va más allá del edificio, de la familia. La casa es seguridad, territorialidad, familiaridad, protección.

La casa natal es una casa habitada, está físicamente inscrita en nosotros. Es un grupo de costumbres orgánicas. . . La casa natal ha inscrito en nosotros la jerarquía de las diversas funciones de habitar. . . La casa natal es algo más que un cuerpo de vivienda, es un cuerpo de sueño. . . existe para cada uno de nosotros una casa onírica, una casa del recuerdo, sueño, perdida en la sombra de un más allá del pasado verdadero. . .

Gastón Bachelard, *La poética del espacio*.

La casa nos provee de relaciones afectivas intensas y sólidas. A pesar de todas las transformaciones habidas en el último siglo en torno a la familia y las relaciones afectivas, cotidianamente los hombres seguimos buscando calor de hogar. Ir a casa, permanecer en ella, representa moverse a partir de un punto estable, fijo en el espacio donde nos esperan cosas que conocemos, que nos son habituales; representa la seguridad y el sentimiento, estar unidos, con quienes amamos (o creemos amar) y conocemos. En casa encontramos toda la gama posible de sentimientos: amamos, pero también odiamos, sentimos celos y somos egoístas. En casa somos felices e infelices. En casa nos mueve la necesidad y el egoísmo, pero también la entrega y la pasión.

Si, como dice Bachelard, la casa es nuestro rincón del mundo, en ella encontramos al mundo representado y vivido en pequeño. Es un cosmos.

<sup>7</sup> *Ibid*, p. 40.

En ella vivimos amparados, nos albergamos. El pasado pasa siempre por una casa, y una nueva casa estará siempre plagada del recuerdo y el ensueño de la pasada. Cada nueva morada heredará una fuerte dosis de la original, de la natal. El presente es soportable porque el recuerdo de la protección obtenida en el hogar de nuestra infancia nos reconforta. A menudo queremos salir de casa para reconfortarnos luego con el regreso.

La casa integra pensamiento, recuerdo y sueño. Gracias a ella no somos seres dispersos. Por ella nos sostenemos y a ella nos debemos. Las industrias del mueble, de enseres domésticos, de línea blanca lo saben muy bien. Por ello son industrias y por ella se sostienen.

La casa sustituye al vientre materno. En ella construimos un útero nuevo, diferente físicamente al materno pero, en términos de contenido igual: un regazo, el lugar donde la vida empieza bien, encerrada, protegida, amable, tibia.

Nuestros ensueños nos vuelven a ella. Y el poeta sabe muy bien que la casa sostiene a la infancia inmóvil en sus brazos.

Gastón Bachelard, *La poética del espacio*.

En el sentido más amplio de la palabra, la casa es a nivel urbano, social y existencial, un espacio privado que nos lleva al interior y representa para nosotros la necesidad de estar, de habitar, lo que para Heidegger es el principio básico de la existencia.

La casa es el lugar central de la existencia humana y de la vida cotidiana en cuya estructura interior, se llevan a cabo varias actividades que expresan una forma de vida. La casa implica una estructura habitacional que comprende todos sus aspectos (físicos y psíquicos), y cuyo carácter se define por el uso concreto que se le da a cada uno de sus elementos: una cama no es sólo para dormir sino para amar, procrear, estar solos y/o acompañados, descansar, o pelear; una mesa no es sólo para comer sino para convivir, llamar la atención, educar, reñir, participar; un sillón no es sólo para sentarse sino para recibir, compartir, invitar, permitir entrar, dialogar, discutir, estar; y así, cada uno de los objetos y elementos que constituyen una casa tienen un significado propio, ocupan un espacio vital y forman parte de alguna manera, de la vida cotidiana, el espacio, el radio de acción, y el contacto con el mundo exterior.

Montones de años se van quedando en ese espacio ya deshabitado. Un cierto olvido parece inundar la memoria. Recreando imaginaciones construimos recuerdos comunes de una historia apenas ini-

ciada en esta casa: por donde habitas voy pasando, tomo como propios los rincones y aprendo cada vez algo de ti. Deslizo mis manos por los pasillos de tu cuerpo y sigo pasando hasta tu alma. . .

La Burbujita, *Poemas de una Casa.*

Estar en casa es muchas veces estar con nosotros mismos. Encontrarnos en el espejo del pasillo, en el amohadón del lecho, con el cepillo del baño, en la soledad del cuarto, en el sitio que ocupo en la mesa, con la flor de la maceta, con mis objetos. Estar en casa es estancia, permanecer, tener un sitio; es ser en la inmediatez del espacio limitado y delimitado. Es el retorno a lo más privado del espacio. Es vivir, por un lado, puertas adentro y, por el otro, habitar espacios sobre los cuales tenemos poco o ningún control. La casa es, efectivamente, todo lo que hemos enunciado. Pero expuesto así parecería casi una quimera, sería como describir una casa de ensueño, cuando no existe.

En la actualidad la casa se ha convertido en una máquina para vivir sobre la que se cifran todas las aspiraciones económicas y familiares para la mejor realización de los individuos que en ella habitan: los hijos. El consumo y la adquisición de una casa es cada vez más un proceso poco consciente; no importa el tipo de casa, puede ser burguesa o proletaria que la variación es mínima: el objetivo es siempre dejar un legado a los hijos, no importa cómo, ni a qué precio; los hijos tendrán un futuro seguro poseyendo una casa.

La casa no es una realidad aparte, está inmersa en un medio degradado, sobreedificado y lleno de calles estrechas. Nuestra idea de casa es estecha. Nos conformamos con vivir del recuerdo (nosotros todavía lo podemos hacer, quién sabe nuestros hijos) de aquellas avenidas amplias, no en un sentido arquitectónico, sino existencial; quién puede hoy amar en la avenida, hacerlo en el camino, conocer la calle, vivirla, sentirla. ¿Quién puede decir que habita una casa, cuando, como dice Ernst Bloch, hoy las casas aparecen en muchos sitios como dispuesta al viaje porque en ellas encarnan una despedida?

A fuerza de *être humain*, los hombres reales se convierten en estas casas y ciudades, en termitas nómadas, o bien dentro de una máquina vivienda en cuerpos extraños y orgánicos en exceso; tan lejos se halla todo ello del hombre real, del hogar, del acogimiento, del suelo propio. Este es, tiene que ser el resultado, siempre que una arquitectura no se preocupa de un suelo que no concuerda con ella, siempre que la 'pureza' consiste en eliminaciones y falta de fantasía, la claridad en política de avestruz, cuando no engaño y siem-

pre que el sol de plata que debiera brillar aquí por doquier, no es más que una miseria cromada.

E. Bloch, *El principio de esperanza*.

Vivir las estructuras es vivir las estructuras invisibles de la existencia humana, es comprender de qué manera los hombres viven su vida cotidiana; y no es intentar dar explicaciones tan generales, que cuando se habla de mí, siento que el lugar que tengo en el mundo se ha extraviado, que vivo subordinado a una masa dentro de la cual mi ser se diluye.

Las pasiones humanas son un misterio, y a los niños les pasa lo mismo que a los mayores. Los que se dejan llevar por ellas no pueden explicárselas, y los que no las han vivido no pueden comprenderlas. Hay hombres que se juegan la vida para subir una montaña. Nadie, ni siquiera ellos, puede explicar realmente por qué. Otros se arruinan para conquistar el corazón de una persona que no quiere saber nada de ellos. Otros se destruyen a sí mismos por no saber resistir los placeres de la mesa. . . o de la botella. Algunos pierden cuanto tienen para ganar en un juego de azar, o lo sacrifican todo a una idea fija que jamás podrá realizarse. Unos cuantos creen que sólo serán felices en algún lugar distinto, y recorren el mundo durante toda su vida. Y unos pocos no descansan hasta que consiguen ser poderosos. En resumen: hay tantas pasiones distintas como hombres distintos hay.

Michael Ende, *La historia interminable*.

La vivienda del ensueño no existe. Hay que construirla; hay que aprender sobre el habitar y para el habitar, hay que tornar la necesidad, en libertad; dejar de referirse a lo que, en términos generales se nos ha habituado. Estamos acostumbrados a vivir en espacios miserables, a vivir la miseria de generaciones, de matrimonios fracasados en las estrecheces de los espacios, la miseria del ruido, la soledad, de aislamiento, la enajenación. Cada casa debería ser un hogar. Y la vivienda no es un hogar: es una forma de habitar en la que ser no es importante, residimos en una casa, no la habitamos. ¿Qué buscamos? Estar solos, a la vez ser sociables, utilizar nuestra vivienda a nuestro gusto y disponer de ella con toda libertad; que los niños crezcan en ella (CREZCAN), que quienes en ella vivan, lo hagan para ellos mismos y no por el ideal de conformar una casa.